

La propheçia conté,
Et torne en dezir llano:
Yo Ruy Yañez la noté
En lenguaie castellano 1;

lícito juzgamos admitir, sin ofensa de la sana crítica, que este Rodrigo Yañez, cuyo apellido suena por más de un concepto en la historia de aquellos días, fué coetáneo del vencedor de Abul-Hassan y partícipe en sus difíciles empresas y gloriosísimos triunfos ⁵.

Y que se muestra ufano de merecer este galardón, obediendo al tomar la voz y tono de la musa histórica, al universal entusiasmo de los castellanos, que daba aliento á la misma *Crónica del rey don Alfonso Onzeno*, demás de persuadirlo la noble satisfacción que respira en todos sus versos, convéncelo también la estructura del poema. No lo poseemos desgraciadamente com-

1 Es notable, que aun despues de haber declarado nosotros, con la seguridad de quien poseia este precioso é incontestable documento, que la *Crónica* en verso de Alfonso XI era debida á Rodrigo Yañez (*Estudios históricos políticos y literarios sobre los judios*, Ensayo I, cap. III), manifestacion tenida en cuenta por Gil y Zárate en la edicion que en 1851 hizo de su *Manual de Literatura* (pág. 21, cap. II), hayan continuado los eruditos en las dudas y errores, suscitados por la credulidad de don Nicolás Antonio y del marqués de Mondéjar. De hoy más juzgamos que no será lícito abrigrarlas. En el MS. se lee la abreviatura de *Rodrigo*; pero en este caso la estructura del verso seria con exceso grosera: por esto preferimos escribir *Ruy*, habida también consideracion á que sobre ser esta la habitual forma de este nombre, un pendolista, ignorante de que estaba copiando versos, mal podia ser fiel á las leyes métricas.

2 Atendidas la última fecha que cita Ruy Yañez y la manera de contar por la Era; considerando la seguridad con que dice que cuenta y pone en lengua castellana lo que ha oido ó notado, y la situacion moral que revela todo el poema, hermanándose en este punto perfectamente con la *Crónica* en prosa, produce en nosotros semejante convencimiento.—Suponiendo que Yañez compusiera su libro cinco años despues de la conquista de Algeciras, resultaria por tanto corresponder al de 1349; y aunque nunca seria el más antiguo de los poemas meramente históricos, escritos en los romances vulgares, como aseguró Mondéjar, sin noticia de los del *Cid* y de *Fernán Gonzalez*, precederia siempre á los romances del siglo XV, como prueba por otra parte su exámen filológico.

pleto; mas abarcando desde la muerte de don Juan, el Tuerto, hasta la conquista de Algeciras, descubre luego su lectura que, si bien no olvida Ruy Yañez los sucesos que atañen al estado anárquico de Castilla en los primeros años de la gobernacion de Alfonso, corre á buscar desquite de la mortificacion que en su ánimo produce tan desagradable espectáculo, en las empresas llevadas felizmente á cabo contra la morisma. Alfonso gana el cariño y respeto de su pueblo y despierta en él el amortiguado esfuerzo y heroísmo, porque reanuda aquella guerra santificada por la religion y salvadora siempre para la monarquía, rescatando al cristianismo del nuevo yugo que le forjaban «los poderes de Africa». Tal es la fuente de su grandeza y sólo en este concepto pudo ser objeto digno de la poesía histórica: por eso, testigo Ruy Yañez de las victorias logradas por las armas de Alfonso é intérprete fiel del sentimiento de grandes y pequeños, responde al par al interés vivo y constante de la sociedad cristiana en el vencimiento y ruina del Islam y al inusitado interés que inspira á sus coetáneos el éxito no esperado de aquella desigual y gigantesca lucha; éxito que parece lisonjear una y otra vez su orgullo de guerrero, su esperanza de español y su fé de cristiano. Al llegar á los memorables sucesos de 1340 y 1344 el entusiasmo de Ruy Yañez toca al más alto punto, como que en realidad dichos acaecimientos son el fin principal de su poema y bastan á explicar el laudable propósito de escribirlo.

Un poeta, nacido en época de mayor desarrollo literario y dotado de verdadero gusto, hubiera sin duda fijado únicamente sus miradas en tan altos hechos, á fin de someter su obra á cierta unidad artística. Al mediar del siglo XIV no era esto posible. Los poemas históricos primitivos abrazaban la vida entera de sus héroes, porque su historia en general y los episodios con que la tradicion la exornaba, eran bastante poéticos para satisfacer el sentimiento estético de la indocta muchedumbre ¹: cuando Berceo y sus coetáneos introducen en la poesía vulgar el elemento erudito, apenas modifican, ó mejor dicho, en nada alteran

1 Véanse los capítulos en que tratamos de la *Vida de Sancta Maria Egipciaqua* y del *Poema del Cid*, al comenzar esta II.^a Parte.

esta ley, comun á todo arte incipiente: los poemas de *Santo Domingo* y *San Millan* son designados con el título de *Vidas*, mientras los de *Apollonio* y de *Alexandre*, comprendiendo desde la juventud y aun la niñez hasta la muerte de uno y otro príncipe, manifiestan que nada habia adelantado en este punto la forma literaria. Ni aun al reflejarse á mediados del siglo XIII en el *Poema de Fernan Gonzalez* el mismo espíritu nacional que habia brillado en los *Cantares del Cid*, tiene excepcion esta impetiosa regla: antes bien, no sólo se exponen los hechos con pretendida ilacion histórica, sino que tomando el proceso de la narracion desde la decadencia y ruina del imperio visigodo, demás de atraer sobre su obra el título de «Crónica rimada», dió su autor márgen á ser comparado con aquel poeta latino que escribiendo la guerra de Troya, comenzó por el huevo de Leda ¹. No tenia pues Ruy Yañez ni en el arte de siglos anteriores ni en los poemas que á fines del XIII y en el primer tercio del XIV compuso el beneficiado de Úbeda, siguiendo la antigua pauta de Berceo, modelos cuyo estudio é imitacion le enseñáran á escoger el momento de la vida del héroe más propio de la apoteosis poética, á que intentaba sublimarlo: concedido ya el láuro de la inmortalidad al vencedor de Abul-Hassan y «conqueridor» de Algeciras, cobijó la sombra de sus ramas la vida entera del príncipe, siendo por tanto obligacion forzosa para Ruy Yañez la de recordar los más notables sucesos que la caracterizan, bien que sin quitar los ojos del verdadero asunto épico, que anima á su musa.

Injusta seria la crítica, si desconociendo estas óbvias razones, exigiera del cantor de Alfonso XI lo que no es posible exigir de ninguno de los poetas que le preceden: la unidad de su obra estriba exclusivamente en el interés que lleva consigo el personaje en ella celebrado. Tal es, y no otra, la condicion suprema del arte en aquellos momentos; y ni Yañez hubiera podido eximirse de esta ley, ni tampoco le hubiesen adjudicado sus coetáneos la gloria que ambicionaba, sin que el retrato fuera completo y tal como lo imaginaban todos. Mas no se crea que al

¹ Gil y Zárate, *Manual de Literatura*, edicion de 1851, cap. II, página 12.

bosquejar escenas poco gratas para la memoria del último Alfonso, faltó á su encomiador el instinto del arte, ni el verdadero acento de la poesía; pues aunque más devoto de lo que debiera, cual poeta, de la exactitud histórica, no perdonó aquellas pinceladas que dan al carácter de su héroe en determinados momentos cierta tinta de perfidia, hizolo sin duda como para preparar el contraste que forman sus desafueros con las grandes virtudes bélicas, desplegadas en los últimos diez años de su reinado. En confirmacion de todas estas observaciones y porque es indubitablemente el cuadro más sombrío de todos los que traza Ruy Yañez, trasladaremos el consejo que celebra con Alvar Nuñez, para dar muerte á don Juan, el Tuerto:

El viernes al otro dia
En ante quel sol saliesse,
Don Johan luego se erguía,
Et diéronle que vestiesse.

Et apriessa caualgó,
Aguisóse et fué su uia,
Et al palacio legó:
El rrey contra él salia.

En un poyo se asentó
Él et otros caualleros:
El rrey luego se apartó;
Fabló con sus consejeros.

Alvar Nuñez lamó luego ¹,
A muy poca de sazón,
Et por la mano tomóle
Et dixol' esta razon:

—Ya todos miedo me han;
Tiénenme por natural,
Salvo si es don Johan,
Que quiso siempre mi mal.

Et me fixo cruda guerra
Con poder de robadores:
Estragóme la mi tierra;
Matóme mis labradores.

¹ Falta en esta redondilla la consonancia, sin duda por error del copiante, pues que tal vez debieron decir estos versos:

Á Alvar Nuñez lamóle
A muy poca de sazón, etc

Por aquesto yo vos ruego
 Que muy bien me conseiedes.
 Alvar Nuñez dixo luego:
 —Buen Sennor, esto faredes.
 Sea presso una vegada,
 Rrey Sennor, si vos ploguier:
 Su tierra sea tomada;
 Et levad dél quanto ouier.
 El rrey dixo:—Bien será,
 Pues me tiene fechas guerras:
 De mi pression non saldrá
 Fasta que me dé sus tierras.
 Et mi tio, don Johan,
 De sí me fará derecho;
 Et los drechos guardarán
 De me fazer adespicho.—

Sennor, por quanto ha fecho
 Et quier fazer adelante,
 Morir deue con derecho
 Don Johan, fijo del Infante.
 Et vos, rrey, esto fagades:
 Et guardatuos de su danno:
 Si lo, Sennor, no matades,
 Non regnaredes un anno.

El rey pronuncia la terrible sentencia y don Juan muere alevosamente, bajo la fé del seguro real y la palabra de honor de Alvar Nuñez, que acababa de confesársele parcial y hasta vasallo. Con igual naturalidad y sencillez, empleando, siempre que á su intento cuadra, la forma dramática y no escaseando los rasgos poéticos, refiere y pinta Yañez los demás hechos que han tenido en balanzas el nombre de Alfonso, motejándole unos de *cruel* y apellidándole otros *justiciero*. Mas donde cobra mayores brios, donde merece en realidad título y galardón de poeta es, según vá insinuado, al narrar las batallas dadas y ganadas por las armas cristianas contra la morisma. Los eruditos conocen ya el fragmento publicado por Argote de Molina y reproducido en varias obras literarias ¹: el rey moro de Granada, deseoso de

¹ Demás de haberlas citado en diferentes producciones distintos escritores, copiaron las treinta y cuatro redondillas, á que aludimos, el diligente

saldar la reciente quiebra de Locovin, parte en 1338 sobre el castillo de Siles, que tenia en el obispado de Jaen la Orden de Santiago, estrechándole en tal manera que lo pone en pocos dias á punto de rendirse: sábelo don Alfonso Melendez de Guzman, maestre de la expresada Caballería ¹, y saliendo de Ubeda, donde se hallaba con seiscientos *caballeros de prestar*, llega al frente de los granadinos. Al avistarlos, se dirige á su alférez, diciéndole:

Non nos mengüe el corazon!...
 Oy, amigo, si uos plaz,
 Yo vea aquesse pendon
 Con la seña del Arraz.

Sanchez, t. I de las *Poesías castellanas*, pág. 172 y siguientes, los traductores de Boutterweck, pág. 131, y últimamente don Manuel Milá en la edición que ha hecho del *Conde Lucanor* (Barcelona, 1853), pág. XX. El último escritor, que declara con buen criterio que dichas redondillas eran en su concepto «la obra maestra del siglo XIV en el género poético serio», supone que se hace en ellas mención de don Juan Manuel, dándole el título de *Infante*. Conviene observar sin embargo que ni en las obras de aquel prócer, ni en la *Crónica de Alfonso XI* ni en los muchos documentos diplomáticos de la época que hemos examinado, le vemos apellidar de ese modo y sólo se le designa diciendo: *don Johan Manuel, fijo del infante don Manuel*. Hasta mediar el siguiente siglo no hallamos papel alguno en que se le intitule *Infante*, siendo evidente que no pudo aludirse á él con dicho título, cuando en realidad no lo llevaba.

¹ El referido don Manuel Milá dice que don Alfonso de Guzman fué «nombrado en 1338 maestre de Calatrava» (ut supra), enmendando el primer apellido, con asegurar que probablemente diría el poeta *Don Alonso de Mendez y de Guzman*. La *Crónica* de Tovar le llama en verdad don Alfonso Mendez; pero añade que era *maestre de Sanctiago*. En efecto, consultado el catálogo de los Grandes Maestros de la Orden de Calatrava, resulta que de 1329, en que murió don frey Juan Nuñez de Prado, hasta 1335 fué tal maestre legítimo don frey Diego de Padilla, á quien sucede don Martin Lopez de Córdoba, quien sirvió el maestrazgo hasta 1368, en que se consumó la catástrofe de Montiel.—Don Alfonso Mendez, ó Melendez de Guzman, era hermano de doña Leonor, combleza del rey don Alfonso XI; y nombrado maestre en 1338, murió en 1342, durante el cerco de Algeciras, siendo elegido en su lugar su sobrino carnal, el malogrado don Fadrique (Zapater, *Cister Militante*, pág. 354; *Crónica de don Alfonso XI*, capítulos CCLXXV y CCLXXVI).

Alferze de grant bondad
 Dixo:—Pláceme sin falla:
 Dios ayude á la verdad.—
 Et luego fué en la batalla.

Moros y cristianos pelean valerosamente, si bien duplicado el número de los primeros, permanece suspensa la victoria con no pequeño estrago de ambas partes ¹: al cabo se inclina á favor de los santiaguistas:

Los christianos bien lidiaron;
 Moros Dios los desbarata:

Muy grande fué la contienda;
 Dios ayuda á los christianos:
 El Arraz volvió la rienda
 El fuyó con sus paganos.

Los moros fueron fuyendo,
 Maldiciendo su uentura:
 El Maestre los siguiendo
 Por los puertos de Segura.

Et feriendo et derribando
 Et prendiendo á las [sus] manos;
 Et Sanctiago llamando,
 Escudo de los christianos,

En alcance los learon
 A poder de escudo et lanza;
 Et al castiello s' tornaron,
 Et entraron por la matanza.

Et muchos moros fallaron
 Espedaçados jazer:
 El nombre de Dios loaron
 Que les mostró grand plazer ².

¹ La *Crónica* en prosa dice que el maestre de Santiago llevaba «fasta mill omes de cauallo et dos mill omes de pié», contando los moros «fasta mill et quinientos caballeros» y más de «seis mill» infantes. En el poema ó *Crónica en coplas* leemos:

Con maestre son seyscientos
 Caualleros de prestar:
 Los moros mill et trescientos
 Con Aña Aboamar.

² Mr. George Ticknor asegura que esta batalla debió ganarse antes

Toda la *Historia* abunda en versos tan fáciles y de tanta fuerza de colorido como los presentes. Empeñado don Alfonso en el rescate de Gibraltar, cuyo castillo no habia podido descercar á tiempo, corren los moros de Algeciras á impedirle que asiente los reales: noticiosos de ello los cristianos, salen á su encuentro y los persiguen, alcanzándolos junto al rio Guadarranque á la vista ya de la ciudad indicada. Al chocar ambas huestes, dice el poeta:

Et bien assi la mesnada
 En los moros bien golparon:
 Los moros en arrancada
 El uado luego passaron.

Con ellos los fijosdalgo,
 Las asconas bien brandiendo,
 Et nombrando ¡Sanctiago!...
 En los moros bien feriendo:

Et matando con grant yra,
 Et levándolos vencidos,
 Por las puertas de Algeçira
 Los moros fueron metidos.

Los chistianos se tornaron
 A Gibraltar faser guerra:
 El castiello bien cercaron
 Por la mar et por la tierra.

Muerto entre tanto Abd-el-Melik en los campos de Jerez, corre á vengarle Abul-Hassan, su padre, y pasando el Estrecho al frente de poderosísimo ejército, pone cerco á Tarifa: don Alfonso convoca en Sevilla sus próceres y concejos, llama en su ayuda al rey de Portugal y parte en busca de los africanos, que al verle llegar, le presentan la batalla:

Los reys yuan esforçando
 Noblemente su conpanna:
 Castellanos aguardando
 Al muy noble rrey de Espanna.

de 1330 (Prim. ép., cap. V); pero como la dió y ganó don Alfonso Mendez de Guzman, siendo maestre de Sanctiago, y esta dignidad no la obtuvo hasta 1338, en qué fué depuesto don Vasco Lopez (*Crónica*, cap. CXCV), no hay para qué detenernos más en este punto.

Que yua en aquel día,
Segunt rrey de grant bondat:
Un castiello paresçia
Entre la christiandat.

Como natural guerrero,
Diçiendo buenas razones:
Armas leuaua de açero
Con castiellos et leones.

El su cuerpo muy lozano,
Guarnido á muy grand brío:
Una maça en la su mano,
En sennal de poderío.

Et por yr mas cognosçido
Leuaua sobresennales;
El su pendon bien tendido
Entre los sus naturales.

Al Salado fué llegando
Este rrey, noble varon;
Et los moros oteando
Como un fuerte leon.

Ordenadas las haces y cercano el momento de arremeter, dirige el rey don Alfonso una arenga á sus soldados, en que se leen estas notabilísimas estrofas:

...Nos luego feriremos
A poder de escudo et lança:
La sangre derramaremos
Por medio de la matança.

Las lanças non echaremos;
Mas ferir á manteniendo:
Golpes çerteros faremos;
Feridos espesamiento.

Et si la lança quebrar
De los golpes que sofrieren,
Sépanse bien ayudar
De las espadas que ovieren.

Et yo veré quien m' ayuda;
Et si la lide vencier,
Con razon buena tenuta
Que lo cuydo cognosçer.

Por aquesto esforçaredes;
Et facer golpes çerteros

En los moros, non dubdedes
Más que si fuessen corderos.

Non ayades que temer
Estos moros, que son puecos:
Con vusco cuydo vencer
Este dragon de Marruecos.

Aquí será la su fin
Et Dios nos querrá ayudar:
Que el rrey de Benamarin
Non se nos podrá escapar.

Et perderá la su alteça
El su esfuerço et la su gente,
Et África su nobleça
Con los poderes de Oriente.

Trabada la batalla, en vano hacen los caballeros de los dos Alfonsos prodigios de bravura, para rechazar el ímpetu de innumerables falanjes africanas: en medio de aquella carnicería, comienzan á retroceder los cristianos, reproduciéndose en los campos de Tarifa el patético y alto ejemplo que un siglo antes habian presenciado las gargantas de Muradal ¹.

Et los moros de la sierra
En los christianos golpando:
Christianos perdiendo tierra,
¡Sancta María!... llamando.
Moros avian folgura,
Et christianos grand mansiella:
Et Dios enbió uentura
Al noble rrey de Castiella.
Que los suyos tornar vió,
De pos dellos los paganos:

¹ Debemos advertir sin embargo que estos pormenores difieren algun tanto de la relacion de la *Crónica* de Sanchez de Tovar, siendo toda esta narracion en los metros mucho más animada y poética. Al ver el arzobispo de Toledo que el rey se disponia á lanzarse sobre los africanos le detiene, diciéndole: «Señor, estad quedo, et non pongades en aventura á Castiella et Leon; ca los moros son vencidos et fio en Dios que vos sodes hoy vencedor».—El rey se detiene, siendo en breve socorrido por don Ruy Perez Ponce de Leon, el concejo de Zamora y otros pendones (Cap. CCLIV). En el poema toma el rey siempre la iniciativa y decide con su ejemplo y su bravura del éxito de la batalla, segun notamos en el texto.

Contra los moros tornó,
Esforzó los castellanos.

Et fió fazer grand plaça,
Segund natural guerrero:
En la su mano una maça
Su cauallo bien ligero.
Et con grand saña de muerte
Forceló el su coraçon,
Et dió un bramido fuerte
Como un bravo leon.

Fizo los moros arqueros
Con muy grand miedo temblar,
Et fizo sus caualleros
A la batalla tornar.

Sofirmóse en la su siella,
Dixo á su caballería:
«Yo soy el rrey de Castiella,
Que cobdiçié este dia!»...

«Non foyr como rapaçes;
Lidiar como caualleros:
Veamos aquellas façes;
No son omes, son corderos.

»Non fallerá por mí;
Delante de uos iré:
Nunca yo vos falleré;
Nin agora aqui faré:

»Oy será desbaratada
África, con su companna,
Et por siempre será onrada
La cauallería d'España».

Las palabras de Alfonso, siendo freno para los fugitivos, aguijon para los temerosos y generoso estímulo para los esforzados, truecan en un solo momento todos los corazones; y aquellas sierras y campiñas que un punto antes parecia que iban á ser tumba de castellanos y portugueses, se vieron luego transformadas en teatro de su gloria. En balanzas andaba la pelea, cuando

Los de Tarifa salieron;
Todos carrera les dan,
Et por el real firieron;
Como fuego de alquitran.

Apretados en tal manera los sarracenos, buscan en la fuga la salvacion, que no le ofrecen sus brazos y aceros:

Los moros perdian tierra
Et por el monte sobian:
Por el medio de la sierra
Ondas de sangre corrian.

Aquesto vido el rey moro;
Más quisiera la su fin:
Et dió voces commo toro,
Llamando—¡Benamarin!...

Don Alfonso los estrecha más y más, ganoso de recoger el colmado fruto de aquella gran jornada, que cuenta ya como suya:

Llamando yua ¡España!
El rrey don Alonso, el bueno:
Assy rrompió la montanna
Commo la piedra del trueno.

Seis façes desbarató;
Mató muy grand potestat:
Onze sennas quebrantó
Por los trenos de verdat.

Los moros yua feriendo
Este buen rrey sin dubdança:
Castellanos los siguiendo,
Et faziendo grand matança.

La victoria corona los pendones de Leon y de Castilla; el alcance habia sido tremendo:

Cobiertos eran los puertos
Fasta las aguas del mar:
Atantos eran los muertos
Que siempre avria que contar.

Cansado de la matanza, se recoge el rey don Alfonso á sus reales, resplandeciendo en su rostro la aureola del triunfo. Al verle sus caballeros y soldados

Desian:—¡qué buen sennor!...
Et qué noble cauallero!—
¡Val Dios, qué buen lidiador!...
Val Dios, qué real braçero!...

Ni olvidaba Rodrigo Yañez, al trazar este vario y magnífico cuadro, las particulares hazañas de los paladines que toman parte en la pelea: antes bien, con proligidad de cronista, no parece quedar contento sin mencionar á todos los ricos-omes é hidalgos que más sobresalen por su bravura, pagado al par de la magnificencia y aparato, con que cada cual honraba los timbres de su casa, al presentarse en el campamento. Prueba, y no insignificante, es esta de que no andaba Yañez muy lejano de aquel sangriento palenque, siéndole harto conocidos los que ganaban en él fama de gallardos y animosos. Al ver á la nobleza de Castilla unida alrededor del pendon real en el momento de mayor peligro, y cuando empieza su valor á decidir la suerte del combate, revela con esta breve pincelada su bélico esfuerzo y el estrago causado al enemigo:

Todos fueron ayuntados,
La caualleria de Espanna:
De golpes, por fuerza dados,
Resonaua la montanna!...

Y no menor entusiasmo producía en su ánimo el espectáculo que á las márgenes del Salado le ofrece el clero castellano: el ilustrado arzobispo de Toledo, que al *quebrar los albores* de aquel memorable día, dijo la misa á los reyes y absolvió de sus pecados á todo el ejército,—seguido de «onrada clerezia», mostróse allí valerosísimo caudillo,

..... los moros derribando,
Faciendo grand mortandat,

y excitando con su ejemplo el corage de los cristianos, que le aplauden y bendicen ¹.

¹ El poeta, no olvida tampoco á las Ordenes militares, diciendo:

Las Ordenes bien sin miedo
lidiauan, con su freyria.

Y del arzobispo don Gil, añade:

El arzobispo de Toledo
Con onrrada clerezia, etc.

Manifestando el aplauso que logra su esfuerzo, de este modo:

Los xristianos lo loando
Et presciciando su bondat, etc.

Hé aquí hasta qué punto merece Ruy Yañez el título y la consideracion de poeta, colocado por la misma naturaleza del asunto entre los cantores meramente populares y los trovadores eruditos; singular condicion que despierta desde luego el interés de la crítica. Hombre de cierta educacion literaria, aunque olvidados ya los acentos de la musa heróico-erudita de Castilla, no podian serle de todo punto desconocidos: soldado que refiere lo que ha oido narrar ó presenciado él mismo, se inclina sin repugnancia á los cantos populares y no vacila en adoptar las formas métricas que más se acomodaban á su espíritu, bien que avaloradas ya por los poetas doctos en sus celebradas producciones ¹. Nacian de semejante situacion no escaso número de bellezas: conservaba Ruy Yañez el nervio y vigorosa entonacion, la brillantez nativa del colorido, la concision ática, si cabe decirlo así, de los primitivos cantares españoles: recogia y trasladaba á sus descripciones aquellos rasgos tradicionales que brotando, como espontáneas flores, en esos venerables monumentos de la musa castellana, no solamente exornaron despues los poemas heróico-eruditos, sino que habian resplandecido tambien en las crónicas ²; y al propio tiempo que lograba tales aciertos, daba á su

¹ Pueden recordarse con este intento las obras poéticas de don Alfonso, el Sábio, así como los versos del Archipreste de Hita y de don Juan Manuel, quienes cultivaron la redondilla en la misma forma usada por Rodrigo Yañez. El último escribe por ejemplo:

Si por vicio et por folgura
La buena fama perdemos,
La vida muy poco dura;
Denostados finiremos.

(Cód. de la Bibl. Nac. S. 34).

Esta combinacion de metro y rimas se acomodaba perfectamente al tono y movimiento de los cantos populares, habiendo en consecuencia quedado vinculada entre el vulgo, que acomoda á ella sus más ligeros cantares. No olvidemos la paridad absoluta que ofrece con los rimos de Alfonso Giraldez de Portugal, prueba inequívoca de que un mismo pensamiento, engendrado por iguales causas, se reviste á menudo de idénticas formas artísticas. En el caso presente es esta consideracion de gran efecto y fuerza crítica.

² Ya ántes de ahora, estudiando y dando á conocer la tradicion artística que de los primitivos monumentos escritos se deriva á los poemas heróico-eruditos, hemos señalado la forma en que los caudillos se ostentan á vis-